

Consejo Pontificio para los Laicos
Seminario Internacional de Estudio
«Entrenadores: educadores de personas»
Roma, 14-15 de mayo de 2015

Capilla de «*Villa Aurelia*»
15 de mayo de 2015, 8:30

Homilía

**«En búsqueda contracorriente,
bajo un cielo abierto»**

Eminencias, Excelencias:

Estimados hermanos en el ministerio diaconal, sacerdotal y episcopal:

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Considerando el *programa* de esta segunda jornada de nuestro Seminario de Estudio y meditando sobre la *primera lectura* de esta celebración eucarística, tomada de los Hechos de los Apóstoles (*Hechos* 18,9-18), me vino espontáneamente a la mente una *poesía* del fundador de nuestra *Sección Iglesia y Deporte* instituida en el seno del Consejo Pontificio para los Laicos (2004), el santo papa Juan Pablo II (1978-2005).

El papa Karol Józef Wojtyła fue un hombre con muchos talentos, entre ellos el deportivo, con un gran sentido de los valores del deporte pero también de sus límites. En el año 2003 publicó tres Meditaciones con el título *Tríptico Romano*, la primera de las cuales contiene la poesía “Arroyo”.

Pienso que esta poesía podría introducirnos muy bien en esta segunda jornada de trabajo y que además podría servir como una valiosa ayuda para la interpretación de la primera lectura de hoy. Los dieciocho versos se pueden dividir en tres partes que quisiera proponer individualmente para nuestra meditación. He titulado la primera parte:

1. La búsqueda fatigosa y decidida de la fuente

**“La bahía del bosque baja
al ritmo de arroyos de montaña...
Si quieres la fuente encontrar,
tienes que ir arriba, contra la corriente.
Empéñate, busca, no cedas,
sabes que ella tiene que estar aquí –
¿Dónde estás fuente? ¡¿Dónde estás fuente?!”**

La meditación del Papa se basa en alguien que está *en búsqueda*, que quiere encontrar *el origen* de la belleza de la creación, de las montañas, sus cimas y valles. En esta búsqueda es ayudado por un desconocido que está al corriente de sus intenciones y le aconseja: “*Si quieres encontrar la fuente, tienes que ir arriba, contracorriente*”.

Esto quiere decir que no se pueden obtener respuestas sencillas y banales a las grandes preguntas de la vida que inevitablemente tenemos que enfrentar. Las respuestas no se nos dan al mismo nivel de los fenómenos, sino hay que “*seguir hacia arriba*” e ir “*contracorriente*”, aunque el trayecto de la corriente del bosque señale en la dirección opuesta, corriendo hacia abajo. Esta subida a menudo está dificultada por obstáculos que inducen a abandonar el camino impulsando el regreso hacia el valle. Pero el caminante de la poesía no se deja influenciar y no interrumpe la subida fatigosa, porque le sostiene la certeza de que esta fuente existe y se puede encontrar. Es sólo cuestión de tiempo, del esfuerzo y la paciencia para poderla descubrir.

Pienso que en este esfuerzo destacan importantes analogías con la actividad deportiva, y en modo particular con la tarea de un entrenador. Cada entrenador tiene una idea precisa de lo que quiere conseguir, aunque esto sea fatigoso y tenga que ir contracorriente. Su tarea se cruza frecuentemente con tantas dificultades y vientos contrarios. A menudo nos encontramos con nuevos atajos que nos hacen entender que el otro camino es más fácil, que nos ahorra o hace disminuir el cansancio. Otros dirán: el atajo se ha convertido ya en una regla, ¡así lo hacen todos! En la segunda parte de la poesía continúan la búsqueda y las preguntas del hombre en camino que titulé:

2. El misterio escondido del inicio

**“El silencio...
Arroyo, arroyo de bosque,
¡déjame ver el misterio de tu principio!”**

**(El silencio ¿por qué callas?
¿Con qué esmero has escondido
el misterio de tu principio?)**

Juan Pablo II habla del silencio de bosque y del arroyo que baja al valle. El hombre en búsqueda quiere descubrir el misterio de su origen, como se dice en dos ocasiones. Un arroyo de bosque forma parte de un fenómeno muy normal en la naturaleza, pero por otro lado este espectáculo tampoco viene de la nada, no es del todo evidente. Por ello uno se plantea la pregunta: *¿Quién eres? ¿Quién está en tu origen? ¿Quién te ha creado? ¿Por qué te callas?*

Tras estos versos poéticos se encierra la pregunta del último origen y sentido de todo lo que nos rodea, de la naturaleza viva y muerta, pero también la pregunta del origen – y de la meta – de nuestra existencia. Y este origen lo describe el Papa con el concepto de *misterio*.

Estos pensamientos del santo Papa corresponden a nuestra experiencia, precisamente ante las grandes preguntas que la vida nos plantea. A menudo nos encontramos ante un gran silencio embarazoso, que nos cuestiona y nos deprime. Es necesaria una gran paciencia, un ojo atento y un oído abierto para descifrar y comprender el misterio del origen. Esto significa en última instancia que por nosotros mismos no podemos dar respuestas satisfactorias a nuestros grandes interrogantes.

El cristiano encuentra esta respuesta en la palabra y el actuar de Dios, por último en una Persona: Jesucristo. ¡Él es la respuesta y el rostro de Dios para nosotros! Quien quiere saber lo que Dios contesta a nuestras preguntas y dudas, tiene que mirar a Jesús, él es el rostro de Dios dirigido hacia nosotros.

En la última parte de su poesía, el papa Juan Pablo II nos dice que después de la búsqueda, la subida y la exploración, tiene que seguirle un tercer paso, es decir una intensa oración.

3. La fuerza restauradora y vivificante del agua de la fuente

**“Déjame mojar los labios
en el agua de la fuente,
sentir la frescura,
la frescura vivificante.”**

Esta oración es una súplica dirigida al Creador y Señor de los manantiales y de todas las aguas: “Déjame mojar los labios en el agua de la fuente, sentir la frescura, la frescura vivificante”. La meditación del arroyo de bosque ha llevado al descubrimiento de su razón de ser, es decir el contener y ofrecer agua fresca.

En esta última etapa está en juego el último cumplimiento de todas las preguntas y búsquedas. Esto se pide con una intensa oración, pero que al mismo tiempo es muy sencilla y modesta. El que suplica no osa pedir un sorbo de agua, sino que sólo pide poder mojar los labios para sentir un poco su frescura.

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

En su poesía, el papa Juan Pablo II no habla directamente de Dios, sino que se sobreentiende silenciosamente a Dios, estando él omnipresente. El Papa quiere conducir al hombre, por medio de las experiencias existenciales fundamentales – como son la hermosura de la naturaleza, la pregunta y búsqueda del sentido – llana y discretamente a una última respuesta, pero sin suponerla de antemano o imponerla simplemente. En estas experiencias fundamentales del hombre entra también la actividad deportiva. También al deportista le afecta en sus esfuerzos, fracasos y victorias la última pregunta sobre el sentido.

En la poesía “*Arroyo*” se nota una rica experiencia pastoral del sacerdote, obispo y papa, que acompañó a tantas personas en búsqueda y llenas de preguntas. Al mismo tiempo se nota también el carácter gentil y noble del hombre Karol Wojtyła.

En la primera lectura de hoy (cfr. *Hechos* 18,9 s.) Dios mismo dice a Pablo – un hombre que conocía y apreciaba la actividad deportiva – en una visión nocturna: “*No temas, sigue hablando y no te calles, pues yo estoy contigo...*”. Dios mismo anima a Pablo a no abandonar la recta vía y a andar contracorriente en su actividad apostólica. Dios mismo le asiste en modo continuado en esta tarea.

No olvidemos que también fuera del trabajo apostólico de Pablo no existe una actividad humana “neutra”, pues todo el actuar del hombre supone un horizonte de valores y virtudes. Cada hombre necesita un “sistema de referencia”, una respuesta a sus preguntas sobre el último sentido.

La actividad deportiva es – como el encuentro con la naturaleza – una fuerte experiencia de la belleza y el ejercicio de múltiples virtudes humanas. En esta experiencia le corresponde al entrenador un rol decisivo, porque tiene que mantener “el cielo abierto” más allá del ejercicio puramente técnico/deportivo del entrenamiento. Esta tarea se traduce en respeto y reconocimiento, en cercanía y paciencia, y en un sentido por la medida y un realismo por lo posible, en una palabra: en el educar al juego limpio frente a uno mismo y frente a los demás, y no sólo en el esfuerzo por vencer a toda costa.

Como hombre de Dios, el papa Juan Pablo II consiguió “tener el cielo abierto” ante la belleza, pero también ante los interrogantes y misterios de la naturaleza y el hombre.

Sigamos a los grandes ejemplos que se nos ha dado hoy – San Pablo y el santo papa Juan Pablo II – y caminemos por la recta vía y, si es necesario, también contracorriente, como el que busca la fuente, pero teniendo siempre “el cielo abierto” encima de nosotros, también en el entrenamiento deportivo.

Amén.

*✠Mons. Josef Clemens,
Secretario del Consejo Pontificio para los Laicos,
Ciudad del Vaticano*